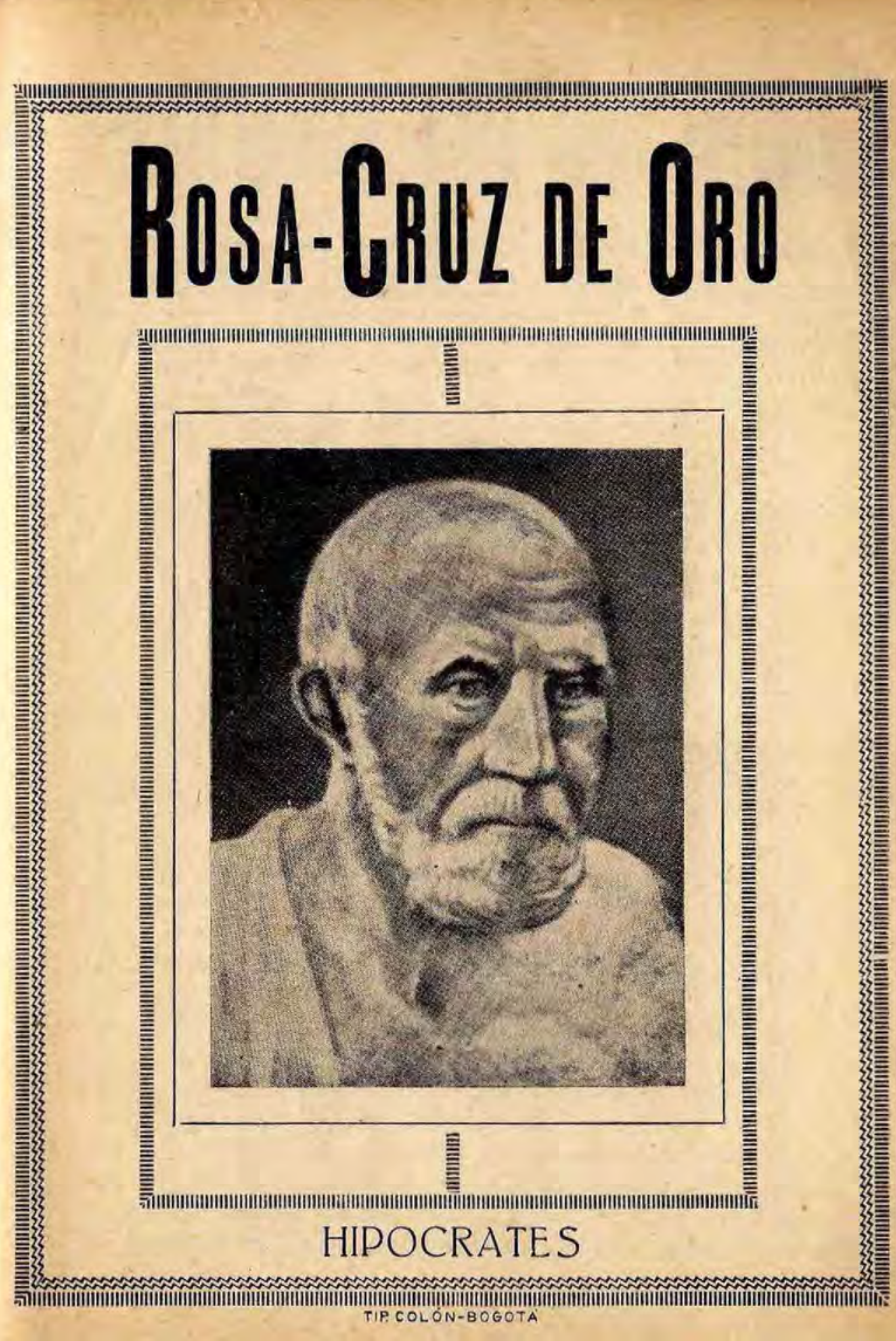


TIP. COLÓN-BOGOTÁ

FRATERNIDAD ROSA-CRUZ ANTIGUA

REVISTA DE CIENCIA ROSA-CRUZ
ORGANO DEL CENTRO ROSA-CRUZ DE BOGOTA - COLOMBIA
Director: ISRAEL ROJAS R. — Apartado 1416.

Año XII —— Noviembre de 1952 —— N° 37

Tarifa Postal Reducida - Licencia No. 1345 del Ministerio de Correos y Telégrafos

HIPOCRATES

Hipócrates, conocido como el padre de la medicina, nació en la Isla de Cos, 460 años A. J. C., y murió en Larisa el año 365 A. D. J. alcanzando así una vida, tan dilatada como provechosa.

Su aforismo fundamental debe considerarse como un axioma sólido, básico en el verdadero sistema de curar: "Que tu alimento sea tu medicina, y tu medicina sea tu alimento".

Si las humanidades en curso, meditaran y comprendieran exactamente el sentido de este axioma hipocrático, la mayor parte de las enfermedades, si no todas, no tendrían razón de existir.

La quimioterapia ha venido dominando a la humanidad a fuerza de propaganda comercial, sin que de ello se haya derivado beneficio real, pues las drogas químicas, como elementos inertes que son, intoxican el organismo y lo insensibilizan de tal manera, que la persona cree haber obtenido grandes beneficios del analgésico, cuando en realidad lo que ha logrado es hacerse insensible al llamádo de la naturaleza, la que lo invita por medio del dolor a buscar de nuevo la vida natural, alejándolo de lo innatural de la misma.

Los que hayan estudiado cuidadosamente la naturaleza del organismo humano, sabrán exactamente que él está integrado por sales orgánicas, como el calcio, el fósforo, el hierro, el azufre y en fin otros tantos elementos más, que sirven de

base al sostenimiento de la armonía corporal; si alguna de estas sales hace falta en el organismo, se producen serios desequilibrios y el órgano resentido llama la atención por medio del dolor, para que la persona en cuestión se dé cuenta de que algo hace falta, o que algo sobra déntro del organismo; esas sales fundamentales que sirven para reconstruír lo gastado y extirpar o eliminar el residuo sobrante, se encuentran precisatambién para aumentar la energía que capacita a la sangre para mente en los alimentos; pero como la gente ignora estos hechos, cree por mdio de reactivos llamados alcaloides vencer la dificultad, cuando en realidad lo que hace es insensibilizar su cuerpo y sonreírse al darse cuenta de que la molestia ha desaparecido momentáneamente, mientras que la causa sigue produciendo sus efectos, a la sombra de la insensibilidad.

La ciencia de la nutrición debe ser estudiada, comprendida y aplicada en la práctica.

Los únicos países que en forma concreta se han venido ocupando en los últimos tiempos de la ciencia de la nutrición, son: Los Estados Unidos con su enorme progreso en todos sus aspectos, y Alemania, la cual infortunadamente perdió mucho, por haberse metido en la pasada contienda.

La verdadera guerra organizada debiera ser aquella que tienda a vencer los enemigos de la salud física y moral del hombre, ésta sí es loable y por tal merecería la atención de todos los hombres.

Es indispensable que cada uno de los seres humanos actualice suficiente conciencia acerca de su vida, y se dé cuenta de una vez por todas que el primer tesoro humano, es una correcta salud, que ésta solamente se logra por medio de una alimentación sana, sin adulteraciones, lo más fresca posible, y adaptada a las necesidades peculiares del organismo.

El calcio lo posee en abundancia la leche pura y el buen queso, también el fósforo lo poseen estos mismos alimentos; en las legumbres también hay buena cantidad de fósforo y sobre todo hierro; la coliflor comida cruda, es mucho más sabrosa y

proporciona buena cantidad de calcio, fósforo y azufre; el repollo es riquísimo en azufre, hierro, calcio, poseyendo otras tantas sales indispensables a la buena salud del hombre, por tal, debe comerse en abundancia; la espinaca tan elogiada por los norteamericanos, puede considerarse, como la reina de las legumbres; los tomates regeneran el hígado y son muy provechosos a los predispuestos al cáncer, pues se ha comprobado ya sus poderosos efectos en este sentido; las almendras todas, poseen sales necesarias al organismo, tanto que la nuez contiene las mismas sales que posee la leche materna; la gente debe comprender exactamente la importancia de nutrirse bien, porque de ello depende su bienestar físico y mental, para realizar con éxito las luchas de la vida.

Hay naturistas modernos como el doctor Vander, Dorado, Alcóver y otros, que debieran ser estudiados cuidadosamente, en pro del bienestar humano.

En Colombia no existe un verdadero médico especializado en la ciencia de la nutrición, hecho que es verdaderamente lamentable.

El célebre Cervantes dijo en su Quijote, algo tan valioso como la frase de Hipócrates: "La salud se fragua en las oficinas del estómago"; que bello axioma, que sabiduría tan grande contiene ese brillante pensamiento.

Estudiando los axiomas hipocráticos y aplicándolos en la vida obtendremos salud.

Sobre la importancia del hierro en la nutrición dijo Hipócrates: "El hierro cura lo que los remedios son incapaces de curar".

No debemos olvidar que el fluído de la vida es la sangre y que la base de la misma es el hierro; que el hierro para que pueda ser asimilado, debe ser transformado del mineral a través del vegetal, siendo por tal las legumbres las que poseen este elemento en condiciones aprovechables por el organismo humano.

Hay abundancia de hierro en las espinacas, en la cebolla,

proporciona buena cantidad de calcio, fósforo y azufre; el repollo es riquísimo en azufre, hierro, calcio, poseyendo otras tantas sales indispensables a la buena salud del hombre, por tal, debe comerse en abundancia; la espinaca tan elogiada por los norteamericanos, puede considerarse, como la reina de las legumbres; los tomates regeneran el hígado y son muy provechosos a los predispuestos al cáncer, pues se ha comprobado ya sus poderosos efectos en este sentido; las almendras todas, poseen sales necesarias al organismo, tanto que la nuez contiene las mismas sales que posee la leche materna; la gente debe comprender exactamente la importancia de nutrirse bien, porque de ello depende su bienestar físico y mental, para realizar con éxito las luchas de la vida.

Hay naturistas modernos como el doctor Vander, Dorado, Alcóver y otros, que debieran ser estudiados cuidadosamente, en pro del bienestar humano.

En Colombia no existe un verdadero médico especializado en la ciencia de la nutrición, hecho que es verdaderamente lamentable.

El célebre Cervantes dijo en su Quijote, algo tan valioso como la frase de Hipócrates: "La salud se fragua en las oficinas del estómago"; que bello axioma, que sabiduría tan grande contiene ese brillante pensamiento.

Estudiando los axiomas hipocráticos y aplicándolos en la vida obtendremos salud.

Sobre la importancia del hierro en la nutrición dijo Hipócrates: "El hierro cura lo que los remedios son incapaces de curar".

No debemos olvidar que el fluído de la vida es la sangre y que la base de la misma es el hierro; que el hierro para que pueda ser asimilado, debe ser transformado del mineral a través del vegetal, siendo por tal las legumbres las que poseen este elemento en condiciones aprovechables por el organismo humano.

Hay abundancia de hierro en las espinacas, en la cebolla,

perejil, manzanas, plátanos verdes, y en fin, en todos aquellos productos de la naturaleza.

Estudiar la ciencia de la nutrición, es un deber toda persona sensata.

La portada de esta revista, tiene la figura de Hipócrates, el más grande de los hombres que haya tenido la historia, pues enseñó al hombre cómo vivir sano; rindamos culto a su memoria aprovechando el sentido de su fundamental axioma: "Que tu alimento sea tu medicina, y tu medicina sea tu alimento".

CIENCIA ROSA-CRUZ

Todos los días el pensamiento de los filósofos Rosacruz, sigue penetrando en las gentes que poseen suficiente evolución para abrir su comprensión, a aspectos cada vez más elevados de la existencia; sin embargo, muchos de los que han leído tal filosofía, al ser incapaces de comprenderla, se han alejado de ella, para que la naturaleza fuerte y sabia en sus empeños los haga regresar un día al santo sendero que han abandonado, porque esta ciencia de la vida es imperativa por su realismo y por su grandeza; solamente ella, por su sabiduría catalogada, nos explica todas las cuestiones que se hallan recónditas y que torturan a la sufriente humanidad.

La ciencia Rosacruz abarca todos los aspectos del humano saber, desde lo más denso o físico, hasta lo más abstracto o metafísico, y como el alma humana es, como dijo el poeta: "Una copa que solamente se llena con eternidad", las cuestiones parciales pueden dar satisfacciones momentáneas, pero después vienen vacíos imposibles de llenar, es necesario abrirnos generosamente al aliento de vida universal y compren-

derla, abarcándola tanto en sus pormenores, como en su grandioso conjunto. Las almas anhelosas de verdad, sedientas de conocimiento, hallarán en la Fraternidad Rosacruz, el manantial inagotable que calma todas sus ansias y llena sus nobles aspiraciones.

El axioma fundamental de los Rosacruz, nos muestra la grandeza de esta Escuela Arcaica: "Hacia Dios por el amor y por la Ciencia, con Paz, tolerancia y Verdad". Medite usted, lector amigo, en el contenido que este axioma encíerra y entonces comprenderá que su alma necesita adquirir los conocimientos, que los sabios Rosacruz de todas las edades han acumulado para el bien del mundo.

Por supuesto, se requiere gran amor por la sabiduría, por la causa de la humanidad y de la evolución, para adentrarse con fuerza en el espíritu de esta Ciencia maravillosa, cual ninguna.

Hay personas suficientemente ingenuas para creer que están muy avanzadas en la santa senda, cuando apenas se han leído unos dos libros y no han meditado acerca de ese proceso de la evolución, tan hondo e infinito que abarca desde el más denso mineral, hasta la más elevada potestad conscientiva que se haya desarrollado en tiempo y espacio; gran ignorancia exteriorizan los que dicen que ya están muy avanzados, porque los que realmente lo están, jamás lo dicen, sino que lo exteriorizan en su sabiduría, en su amor y bondad en todos los actos de su existencia. La bondad por supuesto no quiere decir carencia de carácter; el carácter fundamentado en la rectitud, debe ser lo primero; es indispensable ser absolutamente veráz, sosteniendo lo recto y lo justo, aun cuando sea en contra de nosotros mismos; este es el primer gran paso, y la bondad no excluye esa actitud de gran carácter, sino que es esencialmente parte del mismo.

La Ciencia Rosacruz está llamada a iluminar al mundo, estúdiela usted en pro de su bienestar, de su progreso, de su mejoramiento y consecuencialmente del de la humanidad.

EL ALUMBRAMIENTO DEBE SER SIN DOLOR

Muchas veces me he preguntado si, por ventura, aquella mujer a quien asistí una vez en el sórdido barrio de Whitechapel, y cuyo nombre no recuerdo ya, ha podido darse cuenta alguna vez de la enorme influencia ejercida por una sencilla observación que me hizo cuando estuve asistiéndola.

Entre las dos y las tres de una fría y desapasible madrugada, iba yo en mi bicicleta abriéndome paso trabajosamente a través del fango y bajo una lluvia pertinaz. Llegué por fin al lugar de mi destino: un infame tabuco pegado a un viaducto de ferrocarril. Subí una oscura escalera. Penetré en un cuarto que sólo tendría unos nueve metros cuadrados. En el suelo había un charco. La ventana estaba rota y la lluvia entraba a chorros. La cama apenas tenía ropa. Mi cliente estaba tapada con unos sacos de harpillera y una falda vieja. Una vela, embutida en el gollete de una botella de cerveza alumbraba con su luz mortecina el mísero cuartucho. Unos vecinos habían traído una jarra de agua y una jofaína. Yo tuve que poner la toalla y el jabón. A pesar de los sombríos tintes del cuadro, había en la atmósfera, un no sé qué de trnquilo y apasible.

El niño nació a su debido tiempo. No hubo agitación ni aspavientos. La única nota discordante, si es que puedo en realidad llamarla así, fue la negativa de la parturienta a recibir cloroformo. Se negó cortésmente, pero con enérgica firmeza. Le pregunté por qué. No me contestó en seguida. Desvió la mirada de la anciana que la estaba asistiendo, hacia la ventana por la cual se filtraba la primera lechosa claridad del alba. Con un poco de encogimiento y timidez se volvió luégo hacia mí y me dijo: "No me dolió. No tenía por qué dolerme, ¿verdad, doctor?

Por meses y meses, junto al lecho de otras mujeres que se debatían entre las garras del terror y la angustia que les

inspiraba la perspectiva del alumbramiento, estuvieron sonando en mis oídos aquellas palabras: "No tenía por qué dolerme, ¿verdad, doctor?". Finalmente, y a despecho de mi arraigado tradicionalismo, llegué a la conclusión de que en el curso normal de la salud no hay función fisiológica que produzca dolor, y que el alumbramiento es una función primitiva sabiamente destinada por la naturaleza a ser indolora.

¿Por qué hay entonces algunas mujeres que sufren y otras que, al parecer, no sienten dolor alguno? Deben atribuírse el miedo y las angustias de la mujer a lo doloroso del trance, o por el contrario, ¿es el miedo el principal causante del dolor físico?

Llevo diecisiete años esforzándome por explicar las causas del dolor en el alumbramiento de la mujer civilizada y por demostrar que esas causas pueden eliminarse en gran parte. Hablo, claro está, del alumbramiento normal, exento de complicaciones. El noventa y cinco por ciento de los alumbramientos se efectúan normalmente. De ahí la importancia que tiene el conocimiento de esas causas ajenas al proceso fisiológico.

Cuanto más civilizado es un pueblo, más se afianza en él la idea de que el parto es un trance doloroso y peligroso. Desde muy temprano se inculca a las niñas esa opinión equivocada. El miedo que en ellas se despierta y **cultiva**, dá lugar a un estado de verdadera tensión, tanto en la psiquis como en el sistema muscular.

Son tres los grupos de músculos que gobiernan los movimientos del útero. Uno de ellos, con sus contracciones espontáneas e inevitables, avisa a la mujer que ha empezado el proceso del alumbramiento y va gradualmente expulsando el feto. El segundo grupo protege su salida del útero y debe permanecer flojo y laxo durante un alumbramiento normal. Cuando la mujer, bajo la influencia de las hablillas y comadreos que la han predispuesto desde su infancia, cree experimentar en esas primeras y necesarias contracciones un "dolor", entonces, sin remedio, ese imaginario dolor, de naturaleza puramente

subjetiva, suscita el miedo. Este, por su parte provoca una tensión muscular que, a su vez, causa verdadero dolor, prolonga la duración del alumbramiento y hace necesaria la anestesia.

De donde resulta que el miedo, el dolor y la tensión, son tres males que no figuran en el plan de la naturaleza, sino que han sido puestos en el cuadro tan sencillo del alumbramiento por las complejidades de la civilización. Existiendo, como existe, una correlación tan estrecha entre el dolor, el miedo y la tensión, no cabe la menor duda de que es perfectamente posible suprimir el dolor disminuyendo la tensión y sobreponiéndose al miedo.

No hay un solo clínico que no sepa que se puede producir dolor por sugestión.

Esa exhortación tan común, y tan bien intencionada con que una madre trata de animar a su hija en el trance: "Ten valor, hija mía", es causa de cierto dolor.

"No se apure. Ya le daremos toda la anestesia que necesite cuando las cosas se pongan feas. Pero es preciso que usted resista todo lo que pueda...". El médico que trata de **confortar** con tales o semejantes palabras a la mujer, lo que hace es **confirmar** la existencia de un supuesto dolor. Así, el miedo hace su alianza con el dolor, y estos dos funestos enemigos, fomentados por tradiciones tontas e inhumanas, afectan gravemente lo que podríamos llamar la estructura y el mecanismo del alumbramiento normal.

Las jóvenes se enteran de lo que es y de cómo es un alumbramiento por los detalles que les suministran amigas, parientas y conocidas que hayan dado a luz. Es incalculable el número de mujeres que se complacen en recordar y exagerar los sufrimientos que experimentan o creen haber experimentado. Todos los días se oyen en boca de esas señoras hipérboles como esta: "Ah, mi médico me dijo que el caso mío era uno de los peores que había tenido!".

Nunca podré olvidar a una severísima matrona, ama y despótica reina de una familia de ocho personas. Aquella augusta señora ejercía su imperio absoluto, desde la solariega mansión de sus mayores, sobre casi toda la comarca. Su marido, un bendito, era un modelo de paciencia y mansedumbre. Arrastrando materialmente por la mano a una joven de veinticuatro años, más o menos, rubicunda y rolliza, la señora irrumpió un día en mi consultorio. Sentó a la aterrorizada chica en una silla junto a mi escritorio, irguió majestuosamente su altiva figura, alargó el cuello hasta sacarlo casi de las apreturas de una gola medioeval, y sin dignarse saludarme, me espetó en voz baja y dramática estas palabras:

—Le he traído a mi hija porque me figuro que está encinta.

Miré con el rabillo del ojo la mano izquierda de la chica, y sentí un gran alivio al vislumbrar un anillo nupcial. La madre pasó, sin tomar resuello, a comunicarme que se lo había explicado todo a su hija y que esperaba que, cuando le llegase la hora, se portaría con indomable valor, como correspondía a las altas tradiciones de su estirpe.

Al cabo de dos meses, la chica tuvo un aborto. Dos después estaba curándose del vicio del alcohol. Luégo he sabido que se divorció. ¿Quién puede poner en tela de juicio que el miedo fue la verdadera causa de todas sus desdichas y extravíos?

Los libros, las películas, la radio y los periódicos rivalizan en presentar a las mujeres escenas capaces de infundir pavor en el ánimo mejor templado. De ahí que convenga no imponerle más plazos a la empresa de crear por educación en las mujeres la idea y el estado moral necesarios para que puedan experimentar la verdadera y natural ventura de la maternidad. Mientras llega la hora esperada conviene que no haya en la imaginación de la mujer sino la idea de todo lo grato y bello que significa aquel coronamiento de su amor. Con el cuerpo y el alma en serena paz, es como deben esperar al

hijo, cuyo primer vagido habrá de proporcionarle el gozo más grande, puro e inolvidable de su vida.

Yo creo que no hay nada en el embarazo normal que deba en forma alguna perjudicar la salud de la mujer, ni producir otros efectos que no sean los de acrecentar su dicha y su estabilidad física. Eliminando el miedo, desaparecerá el dolor. En una larga serie de casos se han ensayado, durante los últimos diez o quince años, varios métodos para la eliminación del miedo. En mayor o menor grado siempre se consiguió hacerlo. Me atrevo a afirmar que no pasará mucho tiempo sin que se pueda considerar el dolor en los alumbramientos como cosa del pasado.

Es imposible proteger a las mujeres contra el miedo al alumbramiento si se les mantiene ignorantes de la verdad. No son los hechos los que asustan, son las dudas y las incertidumbres.

Nunca se les ha iniciado ni siquiera en los rudimentos del importante proceso fisiológico. Ese conocimiento no era necesario en los tiempos primitivos, cuando ciertas aterrorizantes asociaciones de ideas no habían hecho todavía su entrada perturbadora en el alma femenina. No se ha realizado esfuerzo ninguno por barrer con ciertas ideas medioevales. Se encierra bajo triple llave el maravilloso proceso de la reproducción.

Es inverosímil el grado de ignorancia de los pormenores más sencillos que he encontrdo en algunas de mis clientes. Mujeres casadas, bastante avanzado ya el período de gestación, creían que el niño había de venir al mundo por el conducto umbilical. Yo hago cuanto puedo por instruír a las mujeres en estas materias. Les voy dando los pormenores necesarios a medida que adelantan en el embarazo. Reciben, así, una noción general y concisa de todo el proceso en sus etapas consecutivas. Antes que el feto haga movimiento alguno, advierto a la madre que el primer débil latido es un movimiento na-

tural del niño, para ejercitar sus músculos. Y le doy un estetoscopio para que oiga las palpitaciones del corazón de su hijo.

Mis esfuerzos hallaron pronta recompensa. Muchas mujeres se dieron cuenta instintivamente de la verdad y dejaron de creer que el sufrimiento físico es necesario e inevitable. Más esto no me satisfizo. Era necesario idear algún procedimiento para anular el arma principal del enemigo: la tensión. Introduje, entonces, la práctica de la distensión física. Cuando el cuerpo está completamente laxo, es imposible experimentar la sensación de miedo.

¿Qué se entiende por laxitud? Sirva de ejemplo lo que, como primera etapa de un largo proceso, acostumbro decir a mis clientes: "Acuéstate en el sofá. Estése completamente inmóvil. Déje flojos y en absoluta inercia todos sus músculos. Déme el brazo derecho. Abandónemelo por completo. No se ocupe de lo que voy a hacer con él. No trate de auxiliarme. Cualquier esfuerzo que haga usted para auxiliarme redundará más en daño que en beneficio". La sujeto entonces por el codo y la muñeca, y le levanto el brazo, diciéndole que deje caer la mano como si estuviese muerta. Es sorprendente el número de personas que no saben poner la mano "muerta". La dejan caer lentamente y entonces mueven un dedo o doblan el pulgar. Practicamos hasta que obtengo la completa laxitud de la mano, y entonces, paso a hacer lo mismo con otro grupo de músculos.

La laxitud muscular debe ser considerada como un factor necesario de todo alumbramiento normal y completarse disasociando por completo la imaginación de las funciones que realiza el útero. Cuántas y cuántas veces he dicho a una parturienta: "es inútil todo lo que usted haga para facilitar la expulsión. Déje al útero realizar todo su trabajo. No lo estorbe con su curioso interés. Si se mezcla en sus asuntos, se enojará y usted ha de ser quien paga. No hay que darse prisa. El camino se abrirá por sí solo a su debido tiempo". Casi siem-

pre mi consejo, fielmente observado, ha contribuído a aliviar el dolor.

Tal señora se empeña en aferrarse a la mano del médico; tal otra quiere apoyarle la cabeza en el brazo. Mas, lo que en realidad desean y buscan todas es aquella inquebrantable fortaleza que les dá el compatir con el médico la confianza en el feliz desenlace de la prueba. Y eso es en realidad: una prueba. En el alumbramiento es donde la mujer revela su verdadero temple. Una es calmada; la otra, impaciente; ésta, animosa; aquella, cobarde. Las hay de: "ya lo creo que puedo y quiero". Las hay que exclaman en vencimiento y desmayo de alma y cuerpo: "por Dios, no puedo, y lo que es peor, no quiero". No hay dos mujeres a quienes se debe tratar de la misma manera, pero en lo que todas se muestran idénticas es en buscar valor acogiéndose a quien las guía en el trance. No hay límite para el valor de una mujer, si se le sabe infundir fe.

Al cabo de dos años nada más pude no sólo confirmar mi confianza en el método de la relajación muscular, sino que —y esto es mucho más importante— la mayoría de las mujeres a quien se les guió de acuerdo con él durante los meses del embarazo, asumieron una nueva actitud respecto al alumbramiento. A menudo sostenían el aparato de anestesia en las manos, perfectamente instruídas en su empleo, y, sin embargo, se negaban a utilizarlo. Sabían distinguir el esfuerzo violento del dolor.

No se debe, por supuesto, obligar a ninguna mujer a que soporte más sufrimientos de los que esté dispuesta a resistir por el bién de su hijo, y es imprescindible apelar a cuantos métodos conozca la ciencia para evitar estos sufrimientos. Son más las mujeres que piden la anestesia impulsadas por el miedo que por el dolor. Cuando no hay miedo y, sin embargo, la parturienta se queja del dolor, es porque ocurre algo anormal a que debe atenderse sin dilación. En los partos corrientes y normales, adecuadamente asistidos, es muy alto el índice de las mujeres que no quieren anestesia.

Soy radicalmente contrario, como la inmensa mayoría de los tocólogos a la práctica de emplear la anestesia en todos los casos. Es un verdadero crimen el que se comete embotando la sensibilidad de una madre que ansía ante todo, recibir con plena conciencia el premio de sus esfuerzos, fatigas y desvelos, premio que consiste en una dicha y una satisfacción demasiado intensas y puras para que puedan expresarse con humanas palabras. Por otro lado, no se ha descubierto aún el anestésico adecuado para todos los casos. Unos estorban y cohiben las fuerzas naturales que intervienen en el parto. Otros no ofrecen garantía completa de inocuidad, ya para la madre, ya para el hijo.

A los tocólogos se les educa en la idea de que todos los partos son dolorosos. De ahí que se haya vuelto entre ellos acto rutinario el empleo de anestésicos o analgésicos, lo mismo si el alumbramiento es normal que si no lo es. Y, por lo general, no dan crédito a las mujeres que aseguran que no experimentan dolor alguno.

Pensando en esto veo con los ojos de la imaginación todo un ejército de hombres revestidos de blusas blancas y con anteojos de gruesa armadura de concha, que corren, ansiosos de fama y fortuna, en pos del descubrimiento de algún medio que defienda a las mujeres de un enemigo que en el noventa y cinco por ciento de los casos es una creación de la fantasía. Y cuanto más complicado y aparatoso sea el modo de aplicarlo, y más largo y arrevesado el nombre del flamante anestésico, tanto más cerca se creerá su descubridor de la celebridad médica. La sencilla inhalación de gas, éter o cloroformo quedó pronto rezagada. Se inyectaron drogas bajo la piel, en el estómago, en las venas, en lo más recóndito de las fibras musculares, en el recto, en la médula espinal, en la región sacra..., en cuantas partes del cuerpo humano son capaces de recibir una sustancia medicamentosa. Y a medida que el campo de operaciones aumentaba, crecía la longitud descomunal de los nombres. El pentotal y el tioetamil desplazaron sin esfuerzo

a nuestro viejo y buen amigo el paraldehido que, a juzgar por las apariencias, tiene igual eficacia, cualquiera que sea el lugar de su aplicación. Cuando más seguros estaban de su triunfo, surgió el sesquipedal barbiturato sódido profimetil-carbinil-alil de escopolamina, que ganó la batalla en un abrir y cerrar de ojos.

¿Hasta cuándo, válgame el cielo, hasta cuánto durará esta insensatez? ¿Por qué algunos al menos de esos cerebros de primer orden no encaminan su esfuerzo hacia el hallazgo de un medio realmente inocuo que evite los dolores del alumbramiento? ¿No se les ocurre a esos hombres de ciencia nada más que drogas y anestésicos? Sabemos que el empleo de esos medios pueden ocasionar la muerte. Sabemos por el testimonio de un gran número de competentes observadores, que tanto la madre como el niño han sufrido perjuicio.

¿A qué empecinarse en la búsqueda de un elíxir para la cura de un mal que en la inmensa mayoría de las mujeres puede prevenirse con garantía absoluta de inocuidad? Y colocándonos en otro punto de mira, preguntemos: ¿se ha tomado nadie el trabajo de averiguar todo el sufrimiento que está dispuesta a sobrellevar una mujer cuando se le diga que suprimirle a ella el dolor significa atentar contra la función respiratoria de su hijo?

Indudablemente es preferible crear un estado de ánimo que administrar una sustancia peligrosa. El anestésico mejor y más seguro es una mente educada y capaz de regir los impulsos ciegos del instinto. Sigue a esto en excelencia el uso de la sugestión combinada con una ligera anestesia por inhalación.

Tocante a la sugestión, hé aquí lo que escribió el difunto doctor Joseph De Lee, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chicago: "Me he valido de la sugestión muchas veces, casi diría de modo constante, y no puedo reprimir mi disgusto cuando veo a mis colegas desaprovechar un remedio tan potente como inofensivo".

Por mi parte, no vacilo en confesar que los resultados que obtuve de la sugestión cuando empecé a emplearla en los alumbramientos —aunque no había tenido nunca el más leve conocimiento del mesmerismo ni del hipnotismo— fueron tan asombrosos que llegué a pensar si estaría engañándome a mí mismo.

Consulté, pues, con una de las más altas autoridades en esas materias y le rogué que hiciese un estudio minucioso tanto de mi persona, como de mi procedimiento. El examen fue minuciosísimo y concienzudo, y el eminente hombre de ciencia me afirmó que no existía la menor relación entre el hipnotismo y el empleo de la laxitud muscular en obstetricia.

Cuando se consigue eliminar sus temores, y darles una idea clara del proceso fisiológico del alumbramiento, son muy pocas las mujeres que tienen necesidad del coadyuvante de la sugestión o de los drogas.

No se crea, sin embargo, que me propongo llevar al ánimo de nadie la creencia de que en la laxitud muscular está toda la clave de un alumbramiento normal. La laxitud surte efecto sólo a condición de que la mujer comprenda todas las fases del proceso fisiológico que en ella se está operando.

Hay tocólogos que me dicen: "Pero, mi querido amigo, ¿de dónde saco yo tiempo para hacer todas esas cosas?" A tal pregunta respondo que por nada del mundo se debe privar a una mujer en trance del parto de la completa asistencia del médico en quien ha puesto toda su confianza. Los tocólogos suelen ser hombres muy ocupados, pero no existe razón alguna para que hombres ocupados no puedan ser tocólogos en toda la acepción científica y humana de la palabra.

El alumbramiento es una función natural y normal. La recompensa que da es mayor que los sacrificios que demanda. Según las leyes naturales, es la parte culminante que desempeña la mujer en el grandioso plan de la perpetuación de la especie. Es el objetivo de las emociones más fuertes y sublimes que es dado sentir a la humana naturaleza.

Son muchas las mujeres que dicen haber experimentado en conjunción con el alumbramiento una especie de poderosa exaltación espiritual que nunca habían sentido antes. He observado ese fenómeno tántas veces, y me he hecho cargo con certidumbre tal de esa inexplicable transfiguración de la mujer en la hora del nacimiento de su hijo, que no he podido menos de preguntarme: ¿ a qué se debe esto? No es mero resplandor de íntima ternura; no es alivio del sufrimiento; no es la simple satisfacción de una obra cumplida. Es algo más grande que todo eso. ¿Será tal vez que el Creador atrae hacia Sí a las madres en aquel momento? ¿Será la recompensa natural reservada a las que contribuyen al fin supremo de la vida?

Cuanto más pienso en esas cosas, más y más creo que la única verdadera respuesta a la pregunta que me hizo aquella mujer de mi historia en el mísero tugurio de Whitechapel es esta: "NO, NO, TIENE POR QUE DOLER".

Grantly Dick Read.

El que aspira a los bienes del alma, persigue algo divino y eterno; en cambio el que busca goces corporales, no alcanza sino tremendas decepciones.

El hombre honrado no hace caso de la reprobación de los ruines.

Piense continuamente en la Superación, tanto en su profesión, como en la íntima educación de su Sér.

La Ciencia Rosa Cruz está llamada a regenerar al mundo. Estúdiela y propáguela, regalando libros a las juventudes, así ayudará al bienestar social.